RESEÑAS

RESEÑAS

José Saramago, *La caverna*, 2000, Madrid, Alfaguara, 454 p.

José Saramago rompe en *La caverna* la estructura narrativa que lo ha caracterizado. Los lectores del escritor portugués que están acostumbrados a encontrar en el arranque de sus novelas un hecho insólito que trastoca la realidad y abre las puertas de la ficción, tendrán que recorrer 400 páginas de su nuevo libro para llegar a la sorpresa que ahora les tiene preparada.

El relato es aparentemente de lo más común para los tiempos que corren. Cipriano Algor es un alfarero de 60 años, viudo, que vive en las afueras de la ciudad con su hija Marta y su yerno, Marcial Gacho. El muchacho trabaja como guarda interno en el gran Centro comercial de la urbe donde el artesano de tiempo en tiempo ofrece su mercancía. Un día, Algor es informado por el jefe del departamento de Compras que no le harán más pedidos porque el público ha dejado de interesarse por su loza. La noticia, como es de esperarse, hunde al anciano en una depresión porque no sabe hacer otra cosa para ganarse la vida. El oficio de la arcilla lo aprendió de su padre y éste de su abuelo. No le entusiasma la idea de ir a vivir con su hija y su yerno al Centro comercial, cuando el guarda interno consiga el prometido ascenso que le dé derecho a esta prestación.

Conforme avanza el relato, Saramago va presentando a un artesano sin esperanzas, como si se tratara de una especie condenada a desaparecer ante las fuerzas todopoderosas del mercado. De nada sirve la iniciativa de Marta de olvidarse de las vajillas y modelar muñecos, también en arcilla, con diversos personajes para ofrecerlos como adornos a los clientes del Centro. Es clara la denuncia que el escritor de ideología socialista quiere plasmar en este libro. En diversos foros internacionales, particularmente después de haber sido laureado con el premio Nobel de literatura en 1998, Saramago ha insistido en las injusticias sociales que produce un sistema mundial controlado ya no por los gobiernos locales, sino por los intereses de las grandes

235

RESEÑAS

transnacionales. Sin duda sintió el compromiso social de llevar este tema a su literatura, y por fortuna bien se cuidó de caer en el panfleto político.

En *La caverna*, como es costumbre del autor, el narrador se las arregla para que asomen reflexiones sobre el oficio de escribir: “Pienso que las palabras sólo nacieron para jugar unas con otras, que no saben hacer otra cosa, y que, al contrario de lo que se dice, no hay palabras vacías”. El también autor de *La balsa de piedra*, *Historia del cerco de Lisboa* y *Ensayo sobre la ceguera*, conserva en su nueva novela ese estilo de escribir donde los diálogos no se presentan por medio de guiones, sino que irrumpen en la narración con mayúsculas anteceditos por una simple coma. Una convención a la que el lector se acostumbra fácilmente porque en lugar de entorpecer el relato, lo agiliza. La prosa, traducida al español por Pilar del Río, esposa del autor, es la de un buen artífice que crea atmósferas y comunica sentimientos.

Saramago también es fiel en este libro a su convicción de no describir a los personajes para que quien lee se los imagine como quiera. De Cipriano Algor sólo se dice que tiene las manos “grandes y fuertes, de campesino, y, no obstante, quizá por efecto del cotidiano contacto con las suavidades de la arcilla que le obliga el oficio, prometen sensibilidad”. Mientras que una cicatriz en una mano es el único rasgo que se indica de Marcial Gacho, de Marta no se refiere ni el color del cabello. La ciudad donde ocurre la historia tampoco se precisa, puede ser cualquiera. El escritor ha confesado que algunas características de la periferia donde viven sus personajes corresponden al pueblo portugués donde nació en 1922, Azinhaga. “Pero sólo yo sé cuáles son y en qué recuerdos se inspiran”.

El amor no se queda fuera de *La caverna*; de hecho, al final de relato, parece que a los personajes es lo único que les queda para cambiar de vida y seguir adelante. Cipriano Algor se enamora de Isaura Madruga, una vecina viuda como él, pero su relación tiene que esperar porque tras el fracaso de los muñecos de arcilla llega la noticia de que su yerno ha sido ascendido y ahora tiene derecho a vivir en el Centro comercial, un “privilegio” al que aspiran muchas personas porque el sitio es concebido como una especie de paraíso del que ni siquiera se necesita salir. En un principio, el artesano se resiste a dejar la casa donde está el viejo horno de alfarería que tantas veces encendió, pero ante las circunstancias no tiene opción. Isaura Madruga, a quien Algor apenas pudo decir que la quería, acepta cuidar la casa y a Encontrado, un perro vagabundo que decidió quedarse a vivir con la familia y

RESEÑAS

que el narrador presenta con actitudes humanas e, incluso con pensamientos que revela al lector. En el Centro, descrito como una enorme mole de piedra, Algor se aburre en su calidad de jubilado involuntario. Sale del pequeño departamento, deambula por las salas de exhibición, siempre vigiladas y trata de meter las narices, sin éxito, en las áreas restringidas. La rutina se rompe cuando Marcial Gacho le comunica a su mujer que tiene que trabajar tiempo extra para vigilar la entrada a una caverna recientemente descubierta durante las excavaciones que se realizan para ampliar el enorme edificio comercial.

Qué hay en la caverna, es un secreto. El supervisor les dijo a los guardias que lo sabrían cuando les tocara el turno de vigilarla, y sólo les adelantó que un grupo de especialistas como antropólogos y filósofos acudirían a estudiar el hallazgo.

El alfarero no resiste la tentación de transgredir las normas y bajar a investigar. Lo que descubre cambia su vida, así como la de su hija y su yerno. El secreto debe permanecer aquí para que sea el lector quien lo descubra y viva la sensación de presentir conforme avanza y avanza en la lectura, que el escritor lo está preparando para sorprenderlo. Sólo adelantemos que Saragamo se inspira en el mito de la caverna de Platón, donde un grupo de prisioneros está condenado a no ver más que las sombras que refleja la realidad.

ANTONIO BERTRÁN
Periodista de *Reforma*